



NDURA

Hijo de la selva

JAVIER SALAZAR CALLE

Ndura.
Hijo de la selva.

Por
Javier Salazar Calle

Ilustración de portada © odmeyer
Diseño de portada © Javier Salazar Calle

Título original: Ndura. Hijo de la selva.
Copyright © Javier Salazar Calle, 2014

1ª Edición

Seguir al autor:

- Facebook: <https://www.facebook.com/javier.salazarcalles>
- Twitter: <https://twitter.com/jsalazarcalles>
- LinkedIn: <https://es.linkedin.com/in/javiersalazarcalles>

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este documento por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética y óptica o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación sin permiso de los propietarios del copyright.

DÍA 0

Estoy en medio del África profunda. Sentado, apoyado en el tronco de un árbol. La fiebre se me ha disparado, mi cuerpo tiene convulsiones y escalofríos cada vez más frecuentes, un dolor no localizado es lo único que percibo de mi organismo. No paro de temblar. Estoy en lo alto de una colina. Detrás de mí la selva, una frondosa, salvaje e implacable jungla. Delante, desaparece como por arte de magia, sólo unos tocones dispersos, restos de una explotación maderera intensiva, dan una idea de lo que antes había en ese lugar. Al fondo se distinguen las primeras casas de una incipiente ciudad. Barro, hojas y ladrillo entremezclados. La civilización.

Estoy a miles de kilómetros de mi hogar, de mi gente, de mi familia, de mi novia, de mis amigos,... incluso echo de menos mi trabajo. La vida cómoda, poder beber con el simple gesto de abrir un grifo y comer únicamente pidiéndolo en cualquier bar. ...y dormir en una cama, caliente, seco y seguro, sobre todo seguro. ¡Cuánto echo de menos esa tranquilidad!, cuando la única incertidumbre era saber en qué iba a gastar mi tiempo libre por la tarde al salir del trabajo. ¡Qué absurdas me parecen ahora mis preocupaciones de antes: la hipoteca, el sueldo, la discusión con el amigo, la comida que me disgusta, el partido de fútbol!, sobre todo lo de la comida...

Está claro que la necesidad de supervivencia cambia el punto de vista de las personas. A mí por lo menos me ha pasado así. ¿Qué hago a tanta distancia de mi casa, moribundo, en el borde de la selva centroafricana?, ¿cómo he llegado a esta dantesca y aparentemente irremediable situación?, ¿cuál es la génesis de esta historia?

Repaso mentalmente las aciagas circunstancias que me llevaron al borde de la muerte, a la entrada de la autopista de tránsito al más allá, a la más que probable extinción de mi historia en el libro de la vida...

DÍA 1

DE CÓMO EMPEZÓ ESTA ASOMBROSA HISTORIA

Miré el reloj. Nuestro avión de vuelta a España salía dentro de dos horas. Alex, Juan y yo estábamos ya en la zona de tiendas del aeropuerto de Windhoek; terminando con los últimos restos de moneda local y, de paso, comprando ese regalo que siempre se deja hasta el final. Ya habíamos comido y sólo quedaban las tiendas. Yo compré para mi padre una navaja con el mango de madera y tallado el nombre del país, Namibia, y todo tipo de figuras de animales finamente talladas en madera para las demás personas. Concretamente a Elena, mi novia, la compré una preciosa jirafa tallada a mano en un poblado típico de la sabana africana. Alex se compró una cerbatana y muchas flechas, según él para jugar con la diana de los dardos y variar un poco el juego, darle un aliciente, digamos, más tribal. Durante una hora estuvimos deambulando por aquí y por allá, mochila al hombro, disfrutando de los últimos momentos en ese exótico país. Hasta que nos llamaron para embarcar. Como ya habíamos facturado el equipaje nos dirigimos directamente a la puerta indicada y pronto estuvimos en nuestros asientos en el avión, un antiguo modelo cuatrimotor de hélices, tras haberle hecho un par de fotos. Nuestro safari de 15 días en todo terreno por la agreste sabana africana tocaba a su fin y, aunque echaríamos de menos estas tierras, ya nos apetecía una ducha con agua caliente y una comida en condiciones, al estilo español. De todas formas era una pena irse en ese momento porque nos habían dicho que en unos días habría uno de los eclipses de sol más impresionantes de las últimas décadas y que la zona de África donde nos hallábamos era la mejor para verlo con claridad.

Yo era el más lanzado y aventurero de los tres y les había acabado liando para que viniesen conmigo aquí, una cosa era tener espíritu aventurero y otra irse sin compañía. Al principio habían estado reticentes a abandonar sus planes de unas relajadas vacaciones por el norte de Italia por un, en principio incómodo, safari fotográfico en un lugar con temperaturas superiores a 40º todo el día y sin sombra donde cobijarse. Ya terminada la experiencia no se arrepentían en absoluto, al revés, repetirían sin pensárselo dos veces. El aparato nos llevaría más de 1.000 kilómetros al norte hasta otro aeropuerto internacional, donde enlazaríamos con las modernas y cómodas líneas aéreas europeas para volver a casa.

Tras el despegue del avión nos dedicamos a ver las fotografías del viaje en la cámara digital de Alex. Había una foto divertidísima de Alex y Juan corriendo despavoridos y un ñu de mal humor detrás, a la carga. Mientras ellos, entre risas y recuerdos, terminaban de verlas, yo me quedé sumido en mis pensamientos mirando por la ventanilla, viendo pasar las nubes a nuestro alrededor. Me sentía muy bien volviendo a casa con mis dos mejores amigos, a los que conocía desde el colegio, de una aventura maravillosa en un país increíble. Había sido como estar dentro de un reportaje televisivo del National Geographic, de esos que tanto me gustaba ver en la televisión mientras comía. Un safari en 4x4 siguiendo el rastro de las grandes migraciones de ñus, fotografiando las manadas de elefantes o viendo a los famosos leones a escasos metros de distancia en plena sabana salvaje africana. Habíamos visto peleas entre hipopótamos, cocodrilos expectantes en busca de una presa, hienas ansiosas de carroña, buitres volando en círculo sobre algún cadáver, algunos extraños reptiles, todo tipo de

insectos; habíamos acampado en tiendas en medio de la nada, cenado a la luz de la hoguera con un límpido cielo cuajado de estrellas... una maravillosa experiencia. Sobre todo la visita al Etosha National Park.

Abajo, en contraste con lo visto hasta ahora, todo era una inmensa mancha verde, estábamos cruzando la zona del ecuador. La selva lo cubría todo, una verde frondosidad sin fin. Algo así sería el objetivo de nuestro próximo viaje, un remonte en barca por el río Amazonas, con paradas para disfrutar de las ingentes formas de vida del lugar. Ya habíamos visto la inmensidad de una sabana deforestada y ahora quería ver la grandiosidad de un mar de vegetación y vida rebosante. Poder avanzar a machetazos por la casi impracticable selva, aprender a conseguir alimentos, conocer tribus perdidas de la civilización, ver exóticos animales y plantas... pero bueno, eso sería ya el año que viene si conseguía volver a convencer a mis amigos; y si no, el norte de Italia tampoco estaba mal del todo.

Un fuerte ruido, como una explosión, seguido de un movimiento muy brusco del avión me hizo salir de mi mundo de fantasías. El aparato empezó a dar tumbos en el aire y pronto me pareció estar metido en una montaña rusa. Me encontré tirado en el suelo en medio del pasillo encima de una señora. Me levanté como pude y volví a mi asiento, intentando no caerme de nuevo. Chillidos de pánico resonaban por todos lados. El desconcierto era total.

– ¡Fuego, fuego, le han dado al ala! – gritó alguien en el lado contrario al mío del pasillo del avión.

– ¡En la derecha! – señaló otro pasajero.

Al principio no sabía a qué podía referirse, pero cuando miré a través de la ventana de su lado pude ver una concentrada humareda que hacía que pareciese que era de noche a su lado, una noche trágica. El avión hacía cada vez movimientos más bruscos. Algunas personas empezaron a gritar. En los altavoces sonó la voz nerviosa y apenas audible del piloto diciéndonos que la guerrilla que había en el Congo, que estábamos sobrevolando, nos había alcanzado con un misil y que íbamos a realizar un aterrizaje forzoso. Una mujer tuvo un ataque de histeria y tuvieron que sentarla y sujetarla entre dos azafatas y un hombre que se ofreció a ayudar. Los tres nos sentamos rápidamente, ajustamos los cinturones y nos pusimos en la posición que nos había indicado la azafata al subir al avión, con la cabeza en las rodillas, mirando el poco tranquilizador suelo de metal. Estábamos aterrorizados. Mientras estaba en esa incómoda postura recordé que en el telediario alguna vez habían hablado de estos rebeldes, que se financiaban porque controlaban alguna de las minas del país de diamantes o del preciado coltán, un mineral que contiene un metal indispensable para la fabricación de las tarjetas de los móviles, los microchips o componentes de centrales nucleares. Algo así como una sangrienta guerra civil, en la que tenían intereses económicos y militares todos los países de los alrededores, que duraba ya más de veinte años y que no parecía fuesen a tener fin.

Las sacudidas eran tan fuertes que me echaban una y otra vez hacia adelante con tanto ímpetu que el cinturón de seguridad me oprimía el estómago dejándome sin respiración y golpeándome la cabeza con el asiento de delante. Noté como el morro del avión apuntaba hacia el suelo, comenzando un vertiginoso descenso. El ruido era infernal, como miles de motores funcionando a toda

potencia a la vez. Justo antes de llegar al suelo el piloto lanzó un último aviso por megafonía, iba a intentar un aterrizaje forzoso en un claro que había localizado. Lo último que pensé es que íbamos a morir todos en el choque. Luego todo fue confusión, fuertes sonidos, golpes, oscuridad...

Cuando recuperé el conocimiento tenía un fortísimo dolor de cabeza. Me llevé la mano a la frente y noté que sangraba un poco. Tenía, además, magulladuras y arañazos por todo el cuerpo; sobre todo una gran rozadura con la carne roja donde había estado apretando el cinturón. Me pasé los dedos por encima y noté un fuerte escozor que me hizo apretar los dientes con energía. Miré a mis amigos, Juan parecía conmocionado, emitía una especie de gruñidos de queja y se movía un poco, Alex... Alex no se movía en absoluto, su rostro, antes siempre alegre y vital, estaba totalmente pálido, el gesto rígido, la sangre manando en abundancia por la nuca. Le llamé con desesperación, una y otra vez. Le toqué la cara, estaba muy rígida, le cogí entre mis manos y le agité suavemente, llamándole, implorándole. Alex estaba muerto, muerto. Esa palabra resonó en mi cabeza una y otra vez, como si fuera su propio eco. Muerto.

Acongojado, superado por la situación, intentaba reaccionar. En mi cabeza sonaba un bum-bum-bum, posiblemente por el golpe. Un momento, no era en mi cabeza, a lo lejos oía el sonido de unos tambores en una repetitiva melodía. Parecía que alguien se estaba comunicando en la distancia.

– ¡Mierda! – pensé.

Me levanté tambaleándome, una idea surgió en mi cabeza. Si nos han derribado los guerrilleros vendrán aquí y nos

cogerán como prisioneros o incluso puede que nos maten. Había que irse inmediatamente. Mi primera reacción fue la de avisar a Alex, pero cuando giré la cabeza y le volví a ver, fui nuevamente consciente de su muerte. Estuve unos segundos quieto hasta que conseguí volver a reaccionar. Me acerqué a Juan, que permanecía en su asiento y se había agitado un par de veces, como quien duerme y está teniendo una pesadilla.

- Juan – balbuceé– tenemos que irnos de aquí.
- ¿Y Alex? – masculló sin abrir los ojos.
- Alex, Alex está muerto Juan – le contesté intentando no derrumbarme -. Venga, Alex está muerto y nosotros lo estaremos si no nos vamos. Está muerto.

Trastabillándome busqué mi mochila en medio del caos hasta que la encontré. La cogí y me dirigí a la parte trasera del avión. En esa parte un lado estaba ardiendo y hacía mucho calor. Todo el avión estaba lleno de gente desparramada en las más insólitas posturas, algunos heridos, otros intentando reaccionar, otros muertos. Por todos los lados se oían gritos, gemidos, murmullos. Llegué a la parte de la cocina y metí todo lo que me encontré en la mochila: latas de refrescos, bocadillos, cajas de cosas sin identificar, un tenedor. Cuando estaba llena volví con Juan y cogí su mochila, que estaba encima de una señora aquí metí unas mantas del avión. Entonces me acordé del botiquín y volví a la cocina, allí estaba, en el suelo, abierto y con todas las cosas desparramadas. Recogí como pude las que me quedaban cerca y fui a por Juan.

- Vamos Juan, nos largamos de aquí.
- No puedo – susurró – me duele todo.

- Venga, Juan, tienes que levantarte o nos matarán a todos. Voy a dejar las mochilas fuera y vengo a por ti.
- Vale, vale, lo intentaré – me respondió, agitándose un poco en el sitio.

Cogí las dos mochilas y salí fuera tambaleándome un poco aún por la conmoción del golpe. Tuve que hacer un esfuerzo muy grande para no parar a ayudar al resto de la gente, pero no sabía de cuánto tiempo disponía y sólo quería vivir. Vivir un día más para ver otro amanecer. Estábamos en un lado de un claro de la arboleda. Por lo visto, el piloto intentó aterrizar aquí aprovechando la ausencia de árboles, pero se desvió un poco; había perdido el ala izquierda al chocar contra los grandes árboles. Del avión salía una gran columna de humo hacia el cielo, permitiendo a cualquiera verla en muchos kilómetros a la redonda. Me adentré un poco en la espesura y dejé las mochilas al pie de un gran árbol. Luego me giré con la intención de volver al avión, pero en ese instante un grupo de hombres negros armados irrumpió en el claro por el lado contrario al que yo estaba. Me agaché rápidamente, ocultándome tras un tronco. Noté una punzada de dolor en el estómago. Los guerrilleros, algunos vestidos con ropa de camuflaje y otros con ropas de civil, rodearon el avión apuntando con sus armas y gritando sin parar. No entendía nada de lo que decían, pero por la zona en la que estábamos debía ser swahili o vete a saber qué.

– *Nitoka!* – Gritaban una y otra vez – *enyi!, nitoka!, maarusi!*¹

¹Lengua swahili: *enyi!, nitoka, maarusi!*: ¡vosotros!, ¡salid!, ¡deprisa!

Pronto empezaron a salir algunos desconcertados y confusos pasajeros del avión. Los fueron tirando sin contemplaciones al suelo y registrándolos concienzudamente. Fueron llegando más rebeldes. Uno de los pasajeros, un señor que había estado sentado delante de nosotros se puso nervioso y se levantó intentando salir corriendo. Los guerrilleros le dispararon múltiples ráfagas con sus ametralladoras haciéndole caer muerto casi al instante. Durante ese momento de confusión Juan salió del avión y echó a correr en dirección contraria a donde todos tenían puesta su atención.

– *Basi!*², *Basi!* – gritaron algunos rebeldes cuando le descubrieron.

– *Nifyetua!*³– gritó el que parecía el jefe cuando Juan estaba a punto de alcanzar el borde del claro.

Entonces dos de ellos le ametrallaron por la espalda sin más dilación. Alguna de las balas pasó cerca de mí silbando. Agaché la cabeza y cerré los ojos muy fuerte, con la estúpida creencia de que eso podría salvarme de los proyectiles. Cayó de rodillas a escasos cinco metros de donde yo estaba observando y, antes de derrumbarse del todo, alcanzó a verme agazapado y me dedicó su última sonrisa.

– *nitoka, maarusi!* – siguieron gritando hacia el avión.

No tuve que hacer mucho esfuerzo por no gritar, puesto que me había quedado completamente mudo y paralizado. No sé cuánto tiempo estuve así, pero cuando conseguí reaccionar supe con certeza que sólo me quedaba una salida: huir para salvar la vida. Cogí las dos mochilas y me alejé

²Lengua swahili: *basi*: ¡alto!

³Lengua swahili: *nifyetua!*: ¡disparad!

introduciéndome en la frondosidad de la selva con el máximo sigilo que me fue posible, que era poco, ya que iba dando tumbos y con todo el cuerpo dolorido, incapaz de controlarlo totalmente. No sabía a dónde dirigirme, pero tenía claro que cuanto más distancia pusiese entre esos salvajes y yo más posibilidades de vivir tendría.

Estuve andando durante casi dos horas, espoleado por el pavor, por el miedo a morir, hasta que mis piernas no resistieron más y caí en el suelo desfallecido. Las mochilas me parecían como si estuviesen cargadas de piedras. Mi rodilla izquierda me dolía con mucha intensidad; desde que me lesioné jugando al fútbol no se me había curado del todo y aún me daba problemas de vez en cuando al forzarla. Abrí mi mochila y saqué una lata de refresco. Aún estaba algo fresca y lo bebí con avidez. Transpiraba copiosamente, gotas de sudor caían torrencialmente por mi barbilla, como si acabase de llover o estuviese recién salido de una piscina. Me faltaba aire y abría la boca intentando aspirar grandes bocanadas. Me atraganté con un sorbo demasiado rápido y di fuertes estornudos, pensé que me ahogaba. Cuando conseguí tranquilizarme un poco, aún jadeante, me di cuenta que había menos luz, estaba anocheciendo. Alex muerto en el accidente, Juan acribillado; mis dos mejores amigos perdidos en un pequeño instante por la estupidez de una guerra civil que no entendía y que me daba igual. ¿Por qué no se matan entre ellos?, ¿por qué a nosotros?, ¿por qué a mis amigos, a Alex, a Juan? ¡Cabrones!, si por mi fuera que reventasen todos juntos. Por su culpa ahora estaba sólo, en esta mierda de sitio, húmedo, agobiante, asfixiante, sin mis amigos. ¿Por qué a mí, por qué a ellos? La muerte de Juan, ametrallado por esos salvajes pasaba una y otra vez por mi cabeza como si de una película se tratase. La luz de sus ojos apagándose en esa última mirada que me dedicó... Intenté

no pensar en ello, esconderlo en algún recóndito pliegue de mi mente, pero no había manera. Hace unas horas estábamos juntos, riéndonos mientras recordábamos las anécdotas del viaje y ahora...

Estuve llorando un buen rato, no sé cuánto, pero me vino muy bien. Cuando logré parar estaba mucho mejor, por lo menos más tranquilo. Ya era evidente que estaba anocheciendo, la penumbrosa selva entraba en el mundo de las tinieblas. Tenía que buscar un sitio donde dormir. Me daba miedo dormir en el suelo, sobre todo por si me encontraban los rebeldes, pero dormir en un árbol tampoco me tranquilizaba, con serpientes, esos monos chillones o vete tú a saber qué fiera salvaje y hambrienta. Algo tenía que decidir, ¿serpientes u hombres armados y enfurecidos? Las serpientes me parecieron mejor opción, por lo menos todavía no me habían hecho nada. Busqué un árbol que me pareciera accesible de escalar, difícil a las serpientes y con algún sitio donde acomodarme para dormir.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de la increíble cantidad de tipos de árboles y plantas que había. Desde las plantas más pequeñas, casi minúsculas, hasta árboles de más de 50 metros cuyo tronco sobresalía por encima de los demás sin alcanzar a ver el final, toda una amalgama de clases distintas de flora salpicadas por doquier; incluyendo altísimas palmeras de desflecadas hojas pintadas de varios metros de largo con grupos compactos y densos de flores⁴. Había una capa de árboles superior de unos 30 metros con algunos que emergían muy por encima, luego una segunda capa de unos diez o veinte metros de altura con forma alargada como los cipreses de nuestros cementerios y una

⁴**Flora:** Palmeras del aceite, *ElaeisGuineensis*

tercera capa de cinco a ocho metros de alto donde llegaba mucha menos luz. También había arbustos, ejemplares jóvenes de distintos tipos de árboles, aunque pocos, y una capa de musgo que lo cubría casi todo en algunas partes, al igual que multitud de lianas subiendo por todos los troncos, colgando de todas las ramas. Flores y frutos en todos los lados, sobre todo en las capas más altas, inalcanzables para mí. También se percibían todo tipo de animales, no era fácil verlos, pero podía oír innumerables clases de paires de pájaros, gritos de monos, ramas agitándose por encima de mí al paso de alguno de ellos, insectos zumbando alrededor de las flores y por todos lados, incluso algún animal terrestre cuyas pisadas escuchaba como un ruido lejano. Las mariposas y el resto de insectos revoloteaban por todos los lados. Si no fuera por la situación en la que estaba habría disfrutado de un lugar tan hermoso, pero en ese momento todo era un potencial obstáculo para mi supervivencia. Y todo me daba miedo.

Tras una breve búsqueda encontré uno que me parecía adecuado y subí con las dos mochilas a cuestas. Me parecía que pesaban una barbaridad y la rodilla suplicaba descanso. Cuando estuve suficientemente alto para sentirme seguro, pero no para matarme o herirme gravemente si me cayese por la noche, me puse como pude entre dos gruesas ramas que iban juntas casi paralelas y me tapé un poco con una de las pequeñas mantas del avión que había traído y otra la usé de almohada. En el cielo pude vislumbrar una increíble cantidad de grandes murciélagos de color marrón oscuro aleteando de esa característica forma que tienen de revolotear aparentemente erráticos y moviéndose por impulsos⁵. No sabía cómo contarlos, pero debía haber miles,

⁵**Fauna:** Panique de las palmeras, EidolonHelvum

haciendo paradas sobre todo en las palmeras, comiendo sus frutos, pensaba yo, o cazando los insectos que comían los frutos.

Debí dormir dos horas en pequeños intervalos de quince o veinte minutos. Los ruidos me acosaban desde todas direcciones, no hacía más que oír pisadas, voces, gritos, graznidos, chillidos agudos, zumbidos, susurros, un constante murmullo que subía y bajaba sin cesar. Incluso me pareció escuchar el grito agónico de un niño varias veces y a elefantes barritar. No sabía si podía ser lo que parecía o simplemente lo parecía. De vez en cuando se oía algún rugido bastante inquietante, que me hacía imaginar a alguna fiera salvaje devorándome mientras dormía. Por momentos la angustia me impedía respirar, atenazando mi corazón hasta casi producirme dolor. Cada sonido, cada movimiento, cada cosa que ocurría a mi alrededor era un tormento, una sensación de apremiante ahogo. En cuanto conseguía caer dormido había algo, cualquier cosa, que me obligaba a despertarme asustado. A veces veía ojos brillar en la tétrica noche y, para intentar animarme, pensaba que era un simple búho o el pariente más cercano que hubiese por esos lares, pero esos intentos de mantenerme positivo duraban poco y siempre acababa viendo felinos con desaprensivas intenciones o alguna peligrosa serpiente de caza. Otras veces me parecía escuchar cercanos disparos, ráfagas intermitentes, pero si escuchaba con atención no conseguía oír nada.

– Javier – oí como me llamaba Alex.

– Sí, ¿dónde estás? – dije, mientras me desperté sobresaltado.

– Javier – volví a oír.

Miré en todas direcciones, angustiado, expectante, ansioso por ver a mi amigo. Hasta que caí en la cuenta que

Alex estaba muerto y que yo me encontraba solo y sin ayuda en medio de la selva. Eso me asustaba, el no poder contar con nadie que me pudiese auxiliar, con quien compartir mi dolor de este momento, mi desesperación. No debía dejarme llevar por el pánico, tenía que expulsar los malos pensamientos de mi cabeza para poder subsistir, pero era incapaz. Una sofocante sensación de soledad me obligaba a ahondar en mis miedos.

– Javier, Javier

Durante toda la noche su llamada fue constante, inquisitiva, atrayente. Habría ido con él, si hubiese sabido dónde ir.